

LUCES SOBRE KOROLEV

Johan Álvarez Castillo

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 4° semestre

Sólo hasta ese instante, Vladímir por fin creyó en las palabras de Yuri.
—Te lo juro, tu segundo o tercer vuelo no son nada diferentes al primero, en cada uno de ellos es como si lo hicieras por primera vez —le había dicho Yuri un día mientras cazaban a las afueras de Korolev—. El terror nunca se va, sientes que en cualquier momento el cohete estallará y te mandará de vuelta a la tierra convertido en una bola de cenizas y fuego.

Y ciertamente, esas eran las emociones que Vladímir experimentaba mientras su nave se preparaba para atravesar la atmósfera.



Después del accidente de la Apolo 1, apenas unos meses antes, los soviéticos decidieron que era hora de dar su siguiente paso en el camino rumbo a la luna. Sabían que esta misión sería su única oportunidad de retomar la cabeza de la carrera espacial contra los Estados Unidos, conscientes de que los numerosos fracasos de los dos años previos les habían dejado rezagados y que un fracaso más los sacaría por completo de la competencia. Era todo o nada.

Mientras su nave se elevaba, Vladímir no podía hacer más que mirar el lejano y turbulento horizonte a través de la pequeña ventana situada a su derecha. Desde sus primeros días como piloto, siempre le había gustado la forma en que se observaban las nubes cuando estaba tan alto en el cielo, pues le recordaban a los campos de algodón de Tiúmén, donde había estudiado durante la guerra. Pero este día parecía que las nubes se habían vestido con sus mejores colores para saludar a Vladímir y desearle un buen viaje, ya que exhibían un precioso tono anaranjado como producto de los últimos rayos del sol que ya comenzaba a ocultarse.

Cuando la segunda etapa del cohete se separó, ese mar de azafrán ya había quedado demasiado abajo como para que Vladímir fuese capaz de seguir observándolo, y el terror que sentía comenzó a ser desplazado por una sensación de sosiego. Ahora lo único que podía ver a través de la ventana era el filo de la Tierra siendo abrazado por el profundo color negro del universo. Irina, que acababa de cumplir los 8 años, amaba escuchar las descripciones que Vladímir le hacía sobre el planeta visto desde el espacio.

—Desde allá arriba la Tierra parece una enorme pelota azul y todo es tan pequeño que no alcanzas a distinguir nada.

—¿Ni siquiera nuestra casa, *papa*? —preguntaba con asombro Irina siempre que escuchaba esas palabras.

—Ni nuestra casa, ni tu escuela, ni siquiera todo Korolev. Tampoco hay líneas ni bordes como en los mapas que te enseñan tus profesores. Parecería que, si así lo quisieras, podrías ir y venir de un lado para otro sin que nadie nunca te estorbara.

Irina veía a su padre como un héroe y en abundantes ocasiones llegó a expresar que al crecer quería convertirse en cosmonauta como él. Vladímir sabía que, si su viaje tenía éxito, se volvería un héroe no sólo para su hija, sino para toda su nación y, posiblemente, para el mundo entero.

Una vez que la tercera etapa se separó, la Soyuz 1 por fin se puso en órbita terrestre e inmediatamente Vladímir recibió instrucciones del control de la misión para probar los sistemas de la nave. Al hacerlo, descubrió que uno de los dos paneles solares no se había desplegado, lo que comprometía sus reservas de energía. Al tratar de orientar el vehículo, de modo que el panel solar restante se colocara de cara al sol, Vladímir notó que uno de los sistemas de navegación, el detector de estrellas, tampoco se encontraba funcionando y volvía casi imposible la tarea de girar la nave.

Tratando de mantener la calma, Vladímir contactó al control de la misión para comunicar la situación en la que se encontraba la nave. Después de un silencio que le pareció eterno por parte de la gente en tierra, el cual imaginó se debía a las discusiones sobre lo que el cosmonauta tenía que hacer, por fin recibió órdenes.

—Parece que tendrás que usar el periscopio de la nave para orientarte y reiniciar los sistemas, eso debería permitirte desplegar el panel izquierdo —le dijo una voz carente de cualquier emoción detectable, como si ignorara el peligro que Vladímir corría en esos momen-

tos, o peor aún, le fuese indiferente. “¿El periscopio? ¿Qué es esto, un maldito submarino?”, se dijo Vladímir, pero sin ninguna otra opción en mente y con el tiempo corriendo en su contra, decidió seguir las órdenes del control de la misión.

Mientras los sistemas de navegación se reiniciaban, Vladímir comenzó a girar el vehículo utilizando los estabilizadores en los costados con un pequeño grupo de estrellas lejanas como referencia. Para su sorpresa, colocar la nave en la posición correcta fue más sencillo de lo que imaginaba y, al hacerlo, inmediatamente observó un aumento considerable de las mediciones de la energía. Ahora sólo rezaba para que el panel solar izquierdo respondiera.

Cuando los sistemas estuvieron de nuevo en línea, Vladímir presionó los controles encargados de extender el panel, pero nuevamente éste se mantuvo sin respuesta.

—¡*Blyat!*— vociferó al mismo tiempo que golpeaba la consola de mando.

Frustrado y presa del pánico que se hacía más grande con cada segundo que pasaba, presionó desesperadamente los controles un par de veces más para mandar la señal y, para su sorpresa, el panel por fin se desplegó.

Vladímir relajó los hombros al tiempo que una sensación de alivio recorría todo su cuerpo y se llevó las manos al rostro mientras soltaba una carcajada nerviosa. En seguida, avisó al control de misión del nuevo estatus de la nave y se alegró de esta vez poder escuchar gritos y voces de celebración a través de la radio.

Entonces recibió sus nuevas órdenes por parte de la estación: Vladímir debería esperar la llegada al día siguiente de la Soyuz 2, que iría tripulada por tres cosmonautas con los cuales realizaría labores de acoplamiento y una caminata espacial para pasar de una nave a la otra. Después de esto, Vladímir y sus compañeros podrían volver a la tierra, donde seguramente se les recibiría con música y fiesta.

Libre de cualquier preocupación, Vladímir decidió apreciar las extraordinarias vistas de la tierra a través de su ventana. Gracias a la trayectoria que la nave poseía en ese momento, Vladímir tenía una vista casi perfecta de la URSS occidental, específicamente de su querida Moscú y las ciudades aledañas a ésta, entre las que se encontraba Koroley, donde actualmente radicaba con su familia y se encontraba el centro espacial. Mientras apreciaba las luces que ya se comenzaban a

encender para dar la bienvenida a la noche moscovita, Vladímir pensaba en lo que haría una vez que estuviese de vuelta en la Tierra.

Decidió que lo primero sería darle un gran beso en la mejilla a Irina y después llevaría a su esposa Valentina a cenar y bailar, pues hace tiempo que no salía a divertirse con ella. Así, con la imagen de su amada Valentina en la mente y las luces de Moscú a través de su ventana, Vladímir comenzó a conciliar el sueño. Pero, justo antes de que lograra quedarse dormido, una serie de luces provenientes del horizonte y con rápido avance en dirección a Moscú lo sacaron de su estado de somnolencia.



En un pequeño lote baldío frente a su edificio de departamentos, Irina jugaba con Ignat y Alexei, dos vecinos de su edad, hijos de trabajadores del centro espacial, como ella. Con cascos y una nave de cartón, los tres niños viajaban a través del cosmos rumbo a Saturno, el planeta favorito de Irina, cuando vieron en el cielo un grupo de luces que se acercaban a la ciudad.

—¿Qué será eso? —preguntó Irina.

—¡Ah! Esas son obviamente estrellas fugaces, mi *mama* dice que si ves una tienes que pedir un deseo —respondió rápidamente Alexei.

—¡Pues pidamos un deseo entonces! —propuso con emoción Ignat.

—¡Irina!

Apenas audible por encima del sollozo de las alarmas nucleares, los tres niños se volvieron al escuchar la voz de Valentina, quien se dirigía a toda velocidad hacia ellos. Detrás de ella, grupos de personas llenas de pánico se apresuraban hacia el interior del edificio de apartamentos.

Cautivados por el escándalo, los niños no vieron el momento en que los misiles impactaron Korolev.



Universos paralelos, Ximena Zertuche.